

La noche triste

Por

DIEGO SAN JOSE



OCOS ejemplos de tan intenso amor patrio como el de Hernán Cortés suelen presentar los anales de la Historia, que siendo él como era, acaudalado hidalgo y apaciguado rebelde, y viviendo sosegado en Santiago de Cuba, atento sólo a la adoración de su esposa, la bellísima doña Catalina de Juárez, lo dejó todo y empleó su fortuna cuando la nación le necesitaba.

Habíale llevado el gobernador Velázquez a la conquista de Cuba, en la que se portó tan bueno y bravo como la Fama ha dejado memoria.

Por su genio, fogoso y audaz, fué elegido de los descontentos de aquel necio y codicioso ministro del César, para ser alma de una conspiración contra él, lo que le puso a muy pocos pasos de la muerte, pues fué preso diversas veces, teniendo que escapar la postrera del buque en que le conducía, ganando a nado la orilla...

Por su propia cuenta armó secretamente una flota y se hizo con ella a la mar la noche del 18 de noviembre de 1518. Cuando el gobernador Velázquez tuvo aviso de ello, acudió presuroso al puerto, y no pudo hacer otra cosa que consumirse de despecho viendo alejarse burlonamente al intrépido general.

—¿Qué es esto?—gritábale el burlado desde el muelle. —¿Así os vais, sin despediros?

A lo que el otro respondía:

—Perdonad, el tiempo apremiaba, y hay cosas que son más para hechas que para pensadas. ¿Tenéis algo que mandarme?...

Y con tal flema y desembarazo, bogaba nada menos que hacia la conquista de México. Toda la fuerza que llevaba para empresa de tal importancia, eran once naves, entre grandes y pequeñas, con la dotación de 110 marineros, 10 cañones de montaña y cuatro falconetes, 553 soldados, 200 indios isleños y 16 hombres de a caballo, que reputaba como su mayor fuerza, por el espantoso terror que los jinetes producían a los indios salvajes...

Notables fueron sus proezas, que a las veces tocaron en los límites de lo sobrenatural. Viósele en la isla de Cozumel tan político guerrero como fervoroso apóstol del cristianismo. Viósele marchar, con segura planta, por entre mil dificultades y peligros, hacia lo recóndito del país; apoderarse de la gran ciudad de Tabasco, y triunfar después, con su desmedrada hueste, sobre un ejército de cuarenta mil indios.

Las más destas victorias hubieron inspiración femenil en aquella maravillosa esclava que aceptó en Tabasco como presente.

Llamábase Marina, y era hija de un écacique mexicano.

No es éste lugar ni hay espacio para hacer nueva

relación de los triunfos de Hernán Cortés, sino de pasar como en volandas sobre sus magníficas proezas, que han sido y serán admiración de todos los tiempos.

La riqueza y pujanza de Moctezuma fueron domados por el general insigne, que, sobre el propio medro, tenía el noble deseo de dar provincias nuevas al poderío hispano, siquier fuese a costa y sacrificio de su propio caudal y comodidades. Nada miraba para sí, y todo lo hacía para mayor gloria del Emperador y ensanchamiento de su corona.

Recio espíritu y voluntad indomable y brava representa el inutilizar las naves para conjurar una conspiración, que desta manera, si tornaba a renacer, no habría recelo de que quisieran partirse a España sin cumplir con su deber.

De allí adelante fué mirado por sus propios subordinados como hombre que tenía algo de sobrenatural, y con esta fe ciega florecida en todos los corazones, pasó victoriosa, por la tierra indiana, la enseña de Castilla.

Entró en México a ocho días de noviembre de 1519, acompañado por el emperador Moctezuma, y ciertamente que él y los suyos quedaron maravillados de la hermosura de la ciudad, que era populosa y con anchurosas calles de razonables casas, magníficos jardines, grandes playas y riquísimos templos.

A pesar de los agasajos de que eran objeto él y los suyos, no dejaba de recelar, pues tenía indicios de que la nobleza no era el principal rasgo de aquella gente. ¿Qué sería de aquel puñado de españoles si los mexicanos, vengativos, cortaban los puentes de las calzadas y rompían los diques?

Propúsose Cortés abolir los bárbaros ritos de los indígenas, pues no era posible el consentir los humanos sacrificios a los falsos dioses, y en este propósito fué donde estuvo su mayor peligro, porque antes consentirá un pueblo que le arrebaten leyes y fueros que su religión.

El mismo Moctezuma llamó un día al caudillo, y con notable firmeza, de que nunca hasta entonces habíale dado muestras, le dijo cómo sus dioses estaban ofendidos por tamañas profanaciones, así que, si él y los suyos no querían sentir su iracundia, puesto que la misión del monarca hispano estaba cumplida, se apresurasen a salir del Imperio.

Hernán Cortés manifestó que le eran necesarias naves, y hasta tanto que no se construyesen, no podía en manera alguna cumplir este mandato; rogó, pues, al emperador, que le facilitase gentes para ayudarle a este menester, cosa a que aquél accedió gustoso con tal de verle salir pronto de México. Mas cuando estaba (aunque muy despaciosamente) en este cuidado, recibió aviso de que Pánfilo de Narváez había desembarcado en la costa mexicana con 4.000 hombres para prenderle, por orden de Veláz-

quez. Hernán Cortés opta, como siempre, por el sistema más audaz para dar de mano el conflicto; deja la guarda de México con sólo ochenta españoles, al mando del teniente Pedro Alvarado, y sale con doscientos cincuenta al encuentro del enviado; en su busca, sorpréndele una noche tempestuosa, y le hace prisionero, uniéndose al vencedor las tropas del vencido.

A treinta días del mes de junio de 1520 cae por tierra todo el poderío y buena suerte que hasta entonces le acompañaran al caudillo; fué que, a su vuelta del triunfo sobre Narváez, halló toda la ciudad sublevada, y la escasa guarnición en apretadísimo riesgo. Más la vista del espectáculo que pondría espanto en el ánimo más esforzado, no hizo mella en el valeroso capitán, que con todo arrojo y valentía lanzóse a la lucha.

Moctezuma veíase comprometido entre los suyos y los españoles, y por buscar noblemente el sosiego de todos, halló la muerte de manos de sus mismos súbditos, que le creyeron traidor.

Corrió la sangre a torrentes, no respetando los naturales vida de soldado español ni de indio afecto a las banderas castellanas. El mismo Hernán Cortés se ve en muy duros trances, y al fin, ante la magnitud de la catástrofe, tiene que reconocer su derrota.

Avanzan trágicas las tinieblas de la noche, y esto le da alguna leve esperanza, porque piensa que acaso a favor de ellas, y de la lluvia torrencial, que no cesa, pueda organizar la retirada. Pero una cruel duda asáltale de nuevo. ¿Por dónde huir si los indios dan en cortar las calzadas del lago?

Y de allí a poco, su presentimiento fué realidad.

No sólo habían hecho siete zanjas en la calzada de Tacuba, que Cortés eligió para retirada, sino que el lago hallábase cuajado de canoas, desde las que llovían de manera infernal dardos y flechas envenenadas. Gracias a mil prodigios de valor (que hacía la misma cobardía de la muerte) iban los infelices fugitivos ganando trozos de calzada, saltando de cortadura en cortadura. No pocos perecían entre las olas; otros caían acerbillados, y los menos, lograban salvarse, no sin haber estado antes muy con el pie en la otra vida. Todos hicieron maravillas. Hernán mostróse más valeroso que nunca, y al fin lograron ponerse a salvo.

La tristeza del caudillo no tuvo límites cuando, ya entre los suyos, pudo considerar la magnitud de la derrota. Al pie de aquel árbol famoso que aun hoy señala la tradición, esperó Hernán Cortés, sombrío y lleno de desesperación, la luz del nuevo día.

Con el nombre de noche de la desolación, y de la noche triste, ha quedado grabada en las páginas de la Historia aquella de 1° de julio de 1520.